

BOLIVAR, CONTRARREVOLUCIONARIO

Un solo ejemplo, pero el más notable de todos, servirá para darnos idea de cuán difícil e ingrato es tratar de contener o moderar la marcha del carro de la revolución cuando se va en él. Es el ejemplo de Simón Bolívar. El Libertador, héroe de la guerra emancipadora, fundador de repúblicas, caudillo infatigable al servicio de las nuevas ideas, encuentra en su camino de estadista unas realidades que ni su entusiasmo innovador le permite desconocer. A su estudio se entrega libre de prejuicios y pletórico de optimismo. Su mente clara y realista lo lleva, antes que ninguno de sus contemporáneos, a tener una conciencia precisa del sentido de la revolución que él mismo ha hecho triunfar. Y conseguido el éxito militar y político de la Independencia, los vapores de la gloria no le impiden ver que la obra cumplida por él empieza a trabajar contra sí misma. Y entonces el Libertador se hace contrarrevolucionario, el primer contrarrevolucionario consciente de nuestra historia. Su figura histórica es para muchos paradójica y para otros francamente contradictoria. ¡El Libertador transformado en Tirano! Observada desde el punto de vista liberal, esa fue la trayectoria de Bolívar. El caudillo de la Independencia, que acumuló más servicios que ninguno en favor de la libertad, terminó su vida odiado y casi despreciado por sus conciudadanos, que lo señalaron como ambicioso, déspota y monárquico. Para sus enemigos, Bolívar fue un tráfuga, un traidor a los principios de la independencia. Sus contemporáneos se valieron de sus propias palabras para demostrar la grande, la tremenda, la imperdonable contradicción de su vida. Lo que el Libertador propuso y exaltó con tanta elocuencia en la primera parte de su vida, dicen, fue distinto, fue lo contrario de lo que practicó y sostuvo hasta el final de ella. Quienes no se toman el trabajo de penetrar dentro del héroe ni procuran analizar las circunstancias de su vida, sólo llegan a configurar dos personajes distintos, inarmónicos, incongruentes, que se aniquilan recíprocamente: el Bolívar liberal, rousseauiano, utilitarista y el Bolívar conservador, autoritario y tradicionalista. La experiencia es precisamente el *trait d'union* entre las dos estampas, que, por lo demás, no pueden aislarse en forma tan caprichosa y definitiva. La grandeza histórica del Libertador consiste principalmente en esa trágica experiencia de un hombre que vivió a través de su corta existencia la totalidad del proceso político que ha tenido lugar en Hispanoamérica a lo largo de siglo y medio de vida independiente. La incomprensión de sus contemporáneos hizo que se desperdiciaran las enseñanzas de su genial previsión y nos ha forzado a comprobar a costa del caos y la anarquía, las verdades que ya entonces para él fueron evidentes.

Bolívar fue educado en la más pura escuela racionalista. Sus autores predilectos, según propia confesión²⁰, fueron Locke, Condillac, Buffon, D'Alambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin y Berthot. Estudió en Europa en los años en que las ideas liberales demostraban su mayor fuerza expansiva; y su alocado maestro, Simón Rodríguez, lo saturó metódicamente con el optimismo naturalista de la época.

²⁰ Vicente Lecuna, *Cartas y Proclamas del Libertador*, 2a. ed., vol. I, página 1099.

Bolívar fue un hombre preparado para la revolución. A diferencia de muchos de los caudillos de la Independencia, que se encontraron de manos a boca con el fenómeno imprevisto del aniquilamiento del Imperio español y se sorprendieron con las ideas que tenían que utilizar para reemplazarlo, el Libertador tuvo una formación enciclopedista, ordenada a la suplantación radical del régimen colonial. Mientras otros próceres de mentalidad tradicionalista tenían que acomodarse, mal que bien, dentro de las nuevas ideas racionalistas, Bolívar surge al escenario político con el bagaje intelectual propio para llevar adelante la empresa revolucionaria. Lo que otros muchos hicieron inconscientemente, aceptando, entre atónitos y perplejos, una mentalidad extraña y un criterio político sin antecedentes, Bolívar lo hizo conscientemente, como natural resultado de sus estudios y cavilaciones. Su actitud frente a la revolución se decidió antes de empezar a actuar en ella. El no gastó energías en romper con su formación pasada ni el desalojar de la mentalidad colonial a los antiguos ídolos, a los que no alcanzó a rendir pleitesía. Su ánimo juvenil estaba alegremente predispuesto para crear en América un nuevo mundo iluminado por la luz de la razón.

Pero Bolívar, pese a todo lo que se diga en contra, fue un político realista. Realista, precisamente en aquello por lo que sus contemporáneos lo tildaron de iluso. Porque la inmensa tarea del Libertador, que previamente había asimilado la concepción del mundo preconizada por el liberalismo, consistió en amoldar ésta a las realidades americanas. Su acción no tendía, como la de muchos otros, al atolondrado descubrimiento de una ideología exótica, puesto que ésta ya la tenía él bien sabida, sino a su aplicación en el medio americano. Frente a los empecinados ideólogos de su época, Bolívar estaba ya, en cierto modo, de vuelta. Sus objetivos no eran teóricos como los de la mayoría de sus contemporáneos, sino eminentemente prácticos. Así se explica que en sus primeros escritos y discursos —mucho antes de que nadie pensara en tacharlo de autoritario y monárquico— hubiera propuesto fórmulas conservadoras que trascendían al estricto campo de la revolución, en busca precisamente de su consolidación y afianzamiento. Ya desde 1815, según se advierte en la carta de Jamaica²¹, su preocupación principal consiste en buscar o crear elementos de resistencia para contrabalancear el ritmo desordenado de las nuevas ideas. Con los años y la experiencia, esta preocupación del Libertador se torna obsesionante. “La revolución es un elemento que no se puede gobernar”²². Tal es su convicción. Trata por todos los medios de dominarla, de encauzarla, de aplastarla. Clama por la estabilidad, sin la cual, según él, “todo se corrompe y termina siempre por destruirse”²³ y acaba proponiendo una completa exaltación de las tradiciones: “El nuevo gobierno que se dé a la República debe estar fundado sobre nuestras costumbres, nuestra reli-

21 “América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli como súbitamente sucedió... Nos precipitamos en el caos de la Revolución... El interés bien entendido de una República se circunscribe en la esfera de la conservación... (Algunas naciones americanas) serán tan infelices que devorarán sus elementos, ya en la actual, ya en las futuras revoluciones. . .”.

22 Carta al general Rudesindo Alvarado, 18 de marzo de 1823.

23 Carta a Guillermo White, 26 de mayo de 1820.

gión y nuestras inclinaciones y, en último término, sobre nuestro origen y nuestra historia”²⁴. Pero la revolución, “hidra de cien cabezas”, lo desgasta y termina por vencerlo. “El que sirve a una revolución ara en el mar”²⁵. Su pesimismo es absoluto. Sabe que ha fracasado y que América se halla al borde del “caos primitivo”.

Bolívar veía problemas que los ideólogos no habían siquiera vislumbrado, porque el interés de éstos se centraba sobre la sustitución formal del régimen político español por los nuevos sistemas republicanos, mientras que el Libertador había superado ese primer estado y andaba ya preocupado por las consecuencias sociológicas de la transformación emancipadora. El, como muchos otros, había puesto en marcha las ideas que servían a la Independencia; pero no se había quedado ahí: despreció siempre ese jacobinismo tropical que se satisfacía con la repetición de frases hechas por los “filósofos” norteamericanos o europeos. Para él, la verdad estaba más allá de la pura teoría y su vida es un esfuerzo gigantesco por aprehender las formas políticas que realizaran la adecuación de las ideas a las circunstancias.

Fue este propósito el que hizo de él un contrarrevolucionario. No porque, en realidad, quisiera serlo, sino porque su visión realista le impedía embriagarse con los mitos revolucionarios. Para él, la revolución terminaba con la guerra de Independencia, a la que había dado fin con tanta gloria. Su misión militar había quedado cumplida con creces y el éxito alcanzado le permitía no sólo elevar la vista hacia preocupaciones ulteriores como las de la organización del Estado, sino también hacia objetivos mundiales que superaban el estrecho marco de los incipientes nacionalismos. Bien pronto se dio cuenta de que las ideas que habían servido para destruir el Imperio español no eran las propias para reconstruir la república y menos aun para edificar una comunidad de naciones hermanas. La eficacia negativa del liberalismo había servido a la causa patriota mientras ésta sostuvo su lucha contra el antiguo régimen; pero ahora, exterminado el bando enemigo, esas mismas doctrinas se revolvían contra el propio ser de las nuevas naciones, sembrando en ellas la anarquía y el desorden. La revolución, que inicialmente se hacía contra España, se convirtió en un cáncer interno. Los ideólogos no comprendieron este cambio de las circunstancias y continuaron sosteniendo, en tiempos de paz y de recuperación, los dogmas que se habían popularizado con la propaganda de guerra.

Hubo un país en Sudamérica donde la independencia no fue revolucionaria: el Brasil. Allí se produjo una evolución pacífica a través de una etapa de monarquía tolerante, que le evitó a esta nación, no sólo la sangrienta contienda emancipadora, sino la horrible prueba de las guerras civiles que azotaron —sin más excepción que Chile— a todos los países que se desprendieron del Imperio español.

²⁴ Carta al general Páez, 26 de agosto de 1828.

²⁵ Carta al general Flores, 9 de noviembre de 1830.

El Brasil tiene en alto grado, todos los elementos que se suponen ser estímulos de la revolucionaridad: clima tropical, territorio inmenso, falta de comunicaciones, mestizaje racial. Y, sin embargo, el Brasil no sólo no ha sido víctima de las revoluciones, sino que es posiblemente la república mejor estructurada de nuestro continente. Fue la monarquía la que impidió que las posesiones brasileñas se fragmentaran en múltiples nacionalidades y la que estructuró un poderoso país con elementos que eran propicios a la dispersión. Aun hoy día, los sudamericanos nos sorprendemos ante la serenidad con que suelen resolverse las crisis políticas del país hermano, que de sobrevivir en cualquiera de los nuestros, provocarían el estallido de sangrientas conmociones.

Hemos señalado a Chile como otra excepción. Allí la revolución jacobina, que produjo varios años de anarquía, fue prontamente desalojada por el régimen conservador de Portales, que dio a ese pequeño país una estabilidad excepcional en nuestro medio y lo convirtió, a lo largo del siglo pasado, en la nación más próspera de Sudamérica. No es extraño, pues, que frecuentemente se dijera que en Hispanoamérica solamente dos países conocían el orden: la república coronada del Brasil y el imperio democrático de Chile²⁶.

En los demás países, obedeciendo a lo que parece ser una ley de la dinámica social, también se produjeron fenómenos de reacción o de contrarrevolución. Pero esos movimientos compensatorios del desequilibrio revolucionario fueron manifestaciones torpemente defensivas, que atendían sólo a sus orígenes locales y presentaban un raquítico estilo lugareño. Privadas de toda amplitud de miras, sin ideas sobre la historia, sin doctrinas, sin espíritu de continuidad, dieron origen a una forma de autoritarismo sanguinario hasta entonces desconocida en América y que hoy se designa con el nombre de "caudillismo bárbaro". Este fenómeno de fuerza bruta y ciega, difícilmente merece el calificativo de contrarrevolucionario. Por el contrario, el caudillismo es personalista y oportunista y, por lo tanto, amorfo. Está muy lejos de ser conservador y tradicionalista. Los despotismos bárbaros de nuestro hemisferio se han instaurado, casi sin excepción, a los gritos de "¡Viva la Libertad! ¡Viva la Revolución!". Y en su ejercicio han sido tan devastadores de lo tradicional como las propias revoluciones. Ha sido error frecuente de

²⁶ "No extraña, dice Renato de Mendoza, que Mitre haya llamado al Brasil **Democracia coronada**, ni tampoco que Agassiz dijera que en la América del Sur solamente dos países conocían el orden interno: la **República del Brasil** y el **Imperio de Chile**. . . Mayor significación tuvo todavía el comentario de Rojas Paúl, presidente de Venezuela, al ser informado de la caída de Pedro II en 1889: 'Se ha acabado la única república que existía en América: el Imperio del Brasil' ". **Breve historia del Brasil**, Madrid 1950, p. 89.

Sobre la obra de Portales dice Alberto Edwards en su escrito **La Fronda Aristocrática en Chile**: "su idea era nueva de puro vieja; lo que hizo fue restaurar material y moralmente la monarquía, no en su principio dinástico que ello habría sido ridículo e imposible, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones".

los historiadores atribuirles un sentido conservador y tradicionalista, cuando, en realidad, apenas llegan a ser autoritarios y tiránicos. Hasta la propia Iglesia Católica ha tolerado en diversas épocas estos regímenes, y hasta les ha brindado apoyo en la esperanza de que la librarán de la revolución, no consiguiendo con ello, como lo advierte Vasconcelos²⁷, sino un alejamiento de la opinión pública y una pérdida indudable de su influencia social.

Capítulo del libro "Revolución en América" de Alvaro Gómez Hurtado.

²⁷ Breve Historia de México, Madrid 1952, ps. 383 y ss.